

El Libro de la América Latina



LOS TREINTA Y TRES ORIENTALES—HEROICO GRUPO REVOLUCIONARIO QUE INICIÓ LA REIVINDICACIÓN DE LA INDEPENDENCIA URUGUAYA (CUADRO DE BLANES)

REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

LA CRUZADA DE REDENCIÓN

I

LA comida había terminado hacía algunos momentos, y todos abandonamos nuestros asientos, rodeamos el sillón del viejo abuelo, exigiendo, con infantil perseverancia, la contribución de todas las noches, antes de ganar el lecho: una de aquellas pintorescas narraciones que constituían nuestro encanto.

Nuestro abuelo era el ídolo de la familia, viejo guerrero de edades pasadas, al que si bien la ancianidad encorbaba la nivea cabeza, no había conseguido en cambio extinguir esa juventud del corazón, que constituye el mayor encanto de los viejos, dándoles un fondo inagotable de benevolencia para con las mujeres y los niños.

Tenía la gentileza caballeresca de otros tiempos; era para nosotros el mayor placer de nuestra vida merecer su aprobación, pues además de su inalterable bondad para con nosotros,

su juicio era tan recto y tan justo, que su aprobación a nuestros actos nos proporcionaba el más grande de los premios: el aprecio de nosotros mismos.

Adorando a sus nietos, a ellos solamente consagraba sus veladas, y la relación de las aventuras de su vida, contadas con la sencillez que caracterizaba todos sus actos, era para nosotros la mejor y más anhelada de las distracciones.

Esa noche, nuestra curiosidad estaba doblemente excitada por la animación que iluminaba la fisonomía del abuelo y por el tibio ambiente del salón, caldeado por el hermoso fuego que chisporroteaba en la inmensa chimenea.

En el exterior, un viento helado y violento impulsaba la lluvia contra los cristales, empañados por el vapor que en ellos se condensaba, y nosotros, dominados por una sensación deliciosa, en aquella atmósfera íntima y feliz, adivinábamos una narración extraordinaria.

El Libro de la América Latina

Como era el mayor de mis hermanos y, con razón o sin ella, me suponía el mimado del abuelo, quise ser el intérprete de todos, en los deseos que no se atrevían a manifestar.

—No sé por qué, abuelito; pero es lo cierto que hoy esperábamos todos de ti una de esas narraciones que tanto nos encantan.

—Sí, querido mío; esta mañana, mientras estudiabas tus lecciones, me hiciste una pregunta que evocó en mí todo un mundo de pensamientos. ¿Lo recuerdas?

—Sí, abuelito; me acuerdo de que te pregunté por qué todos hablaban con respeto del 19 de Abril, pues en mis libros no había encontrado los medios de satisfacer mi curiosidad.

—Y, ¿recuerdas lo que te contesté?

—Sí, que esta noche, si nos portábamos bien, tú nos explicarías el significado de esa fecha.

—Bueno, como Uds. no han merecido hoy ninguna reprimenda, voy a cumplir mi palabra; así es que pido toda su atención.

Nos colocamos en torno del abuelo, abriendo todo lo posible nuestros ojos y nuestros oídos, y el anciano empezó así su narración.

II

Eran los comienzos del año 1825, y nuestro país, al que entonces se llamaba Provincia o Estado Cisplatino, estaba dominado por los brasileños, que, independizados de los portugueses, habían recibido este territorio como parte de su patrimonio.

Nosotros no teníamos ya ejército; nuestros soldados de otros tiempos o habían huído, expatriándose, o se habían resignado, en apariencia al menos, a sufrir el yugo extranjero, y muchos se habían incorporado a las filas del vencedor.

El jefe superior de las fuerzas de ocupación, el general Lecor, ilustrado, valiente y audaz, después de emplear la violencia para vencer, iba hábilmente apoderándose del corazón de los vencidos, haciendo de la capital un centro

de cultura, donde la vida se pasaba agradablemente.

Pero no por esto se olvidaba de que estaba en país enemigo, y, siempre alerta, vigilaba los movimientos sospechosos de los vencidos.

Esta suspicacia y natural desconfianza de Lecor, había dado lugar a una serie de persecuciones contra aquellos cuyos nombres recordaban antiguas hazañas, y muchos de nuestros antiguos oficiales habían tenido que huir a Buenos Aires, en busca de la tranquilidad que no encontraban en su patria.

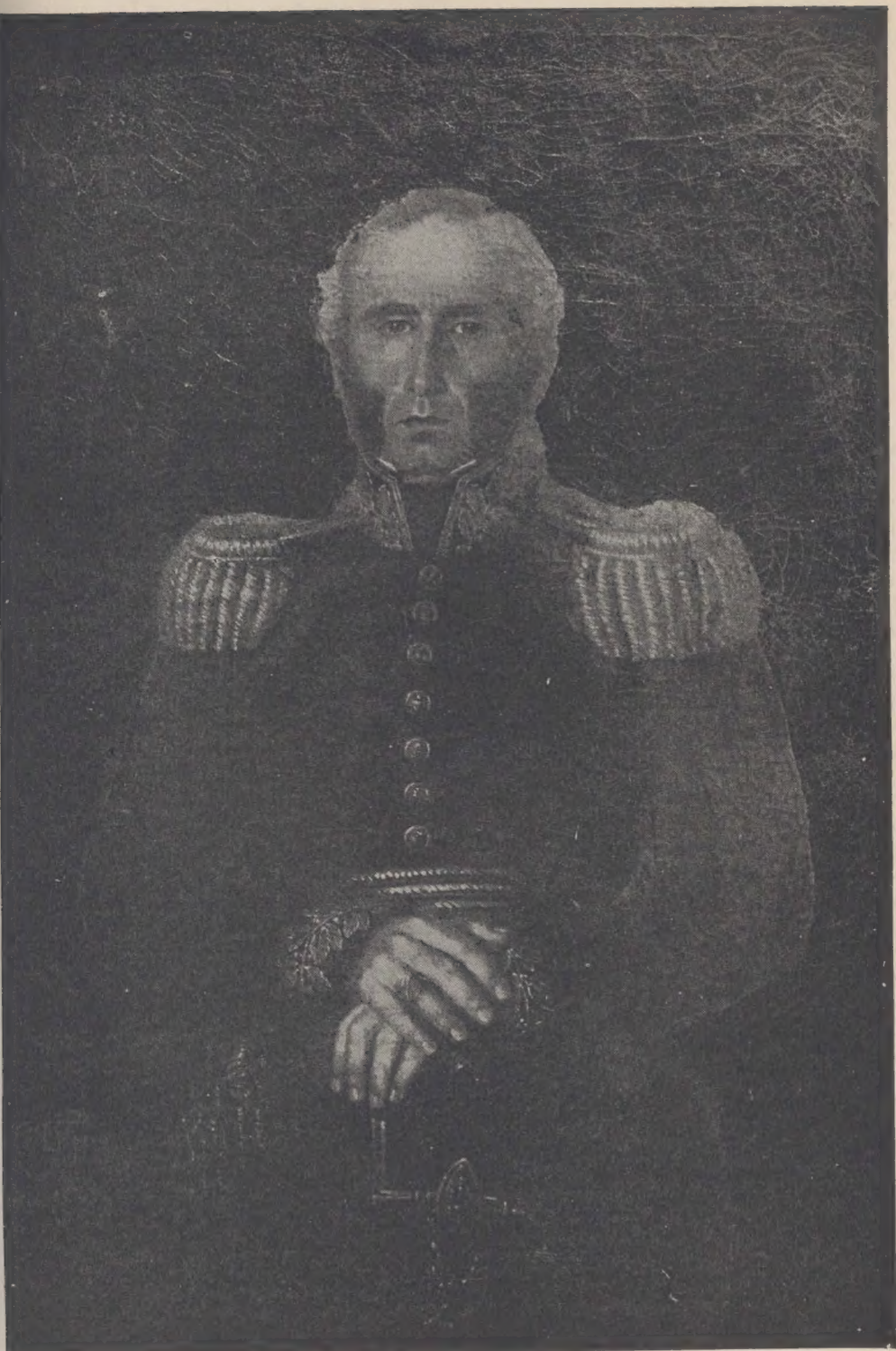
Son Uds. todavía muy niños para comprender lo que eso significa; pero deben saber que no hay martirio mayor, para un corazón bien puesto, que tener que abandonar la patria, que es nuestra casa, nuestros afectos, porque se ha posesionado de ella un extranjero que nos humilla con su altanería y aun con su propia presencia.

Figúrense Uds., mis queridos hijos, que un hombre poderoso, acompañado de muchos soldados, se presentara de pronto en nuestra casa; que penetrara en nuestras habitaciones, se apoderara de nuestras ropas, de nuestros libros, de todo lo nuestro, en fin; que mandara a nuestros criados, se hiciera servir en nuestra mesa, y nos obligara a respetarlo, e hiciera que nosotros mismos lo sirviéramos, arrojándonos un día de nuestro hogar, porque no aceptábamos con sonrisas su atropello brutal.

Si Uds. piensan en lo horrible de esta situación y la comprenden, ni aun así alcanzarán a medir lo que es el destierro, pues por mucho que Uds. quieran a esta nuestra casa, más, mucho más querremos a nuestra tierra, a nuestro cielo, nuestro sol, todo lo que hemos visto desde niños, cuyo cariño sólo se comprende y se valora cuando llegamos a perderlo.

Nunca, jamás, debe un hombre honrado olvidar su patria, ni ofenderla, y cuanto más desgraciada sea, más debe amarla, respetarla y defenderla.

Así como Uds. quieren a su buena madre, con todas las fuerzas de su alma, así deben querer a la patria, que está



Juan Antonio Lavalleja, ilustre caudillo oriental, jefe de los « Treinta y tres » y vencedor del Sarandí.

2231

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

El Libro de la América Latina

sobre todos los afectos en el corazón, como un culto santo que embellece la vida y la comunica fuerzas para luchar y vencer, dando un objeto grande y noble a la existencia.

Pero si el destierro es siempre una pena terrible, aun cuando provenga de nuestros propios hermanos y sea la consecuencia de un cambio político que se realiza dentro de nuestras propias fronteras, es más grave y abrumador aun, cuando emana de un poder extranjero, que ha invadido nuestro territorio y que nos impone su voluntad por la fuerza, sin atender a nuestras protestas, ni a nuestras legítimas aspiraciones.

Y eso era lo que hería a nuestros hermanos, errantes, sin patria, sin hogar y sin recursos, viviendo casi de la caridad compasiva de los extranjeros que los recibían en su suelo.

Muchos de nuestros compatriotas habían tenido que partir solos, dejando a sus familias en el territorio invadido; así es que su situación se tornaba más triste lejos de los suyos, sin comunicaciones frecuentes que les hablaran de ellos, y sufriendo toda clase de privaciones.

Nuestros hermanos, inactivos, vagaban sin derrotero en la ciudad vecina, se buscaban, se consolaban, y sus conversaciones rodaban siempre en torno de la patria ausente, vencida y humillada.

Aquellos corazones altivos no se conformaban con la derrota, y, para que fuese más duro su destierro, no podían alejar de su memoria el cuadro grandioso de sus pasadas victorias.

Con el pensamiento fijo en su glorioso jefe, soñaban en aquellas luchas en que sólo animaba el corazón de los soldados el impulso abnegado de su patriotismo, siempre desinteresado y generoso, que llenaba sus almas de los entusiasmos más nobles, confraternizando, después de la victoria, el jefe y los soldados, así en generosos sentimientos como en apremiantes necesidades, sin que nunca se oyese quejas ni protestas; eran los buenos tiempos en que se ofrecía la hacienda y la vida en el altar de la

patria, y sólo se buscaba el premio de las propias y nobles satisfacciones patrióticas.

Todo había pasado ya y nuestro jefe errante...

—Pero, abuelito; es la segunda vez que citas a tu jefe; pero no sabemos quién era ni cómo se llamaba.

—Es verdad; como su recuerdo y su nombre viven siempre en mí, sin desvanecerse ni borrarse, no recordé que Uds. no lo conocían; pero voy a salvar su olvido y a pronunciar su nombre.

La mirada del abuelo había adquirido un brillo extraordinario, su rostro marchito, generalmente muy pálido, se había coloreado al hablar, y en el fondo de sus pupilas adivinábamos una lágrima de emoción y de entusiasmo.

—Nuestro jefe—siguió diciendo,—Uds. no lo saben ni pueden saberlo, se llamaba ¡don José Gervasio Artigas! Nunca pronuncien este nombre sin respeto; nunca contemplen su imagen sin inclinarse, y cuando piensen en él, consagren su memoria con las oraciones benditas de la infancia, porque Artigas fué el verdadero fundador de nuestra patria, el padre de una nueva nacionalidad, quien creó nuestros hogares, quien dió vida a generosas aspiraciones, arrojó en nuestras almas el sentimiento de la libertad y cobijó con su sombra gigantesca el templo de nuestras instituciones, surgidas al conjuro generoso de aquel noble espíritu republicano.

¡Ah! Artigas no estaba aquí para congregarnos a la pelea; vencido, pero no domado, su alma no podía contemplar el desastre fríamente, y con el corazón entenebrecido por la derrota y el espíritu iluminado quizá por la clara visión del futuro, llevaba, a las vírgenes selvas paraguayas, el genio tutelar de la patria, el culto de sus aspiraciones democráticas.

Y entretanto los viejos oficiales de su ejército vagaban sin hogar y miraban con tristeza, como con reproche, la silueta gigantesca del héroe que se alzaba en el horizonte y que parecía decirles: La patria es esclava, y vosotros, que sois jóvenes y fuertes, ¿no la salváis?

DOS EPISODIOS IMPORTANTES EN LA HISTORIA DEL URUGUAY



BATALLA DEL SARANDÍ (CUADRO DE BLANES)



JURA DE LA CONSTITUCIÓN URUGUAYA—(1830).

El Libro de la América Latina

III

La situación de los orientales, en Buenos Aires, no podía ser más triste ni desagradable. Es verdad que recibían la hospitalidad material, que consistía en permitirles habitar la ciudad—donde se mantenían gracias a su esfuerzo propio y a las condiciones para el trabajo, propias de su enérgica naturaleza,—hospitalidad que, por otra parte, no importaba una distinción, pues era igual para todos; pero lo más duro para nuestros hermanos, era que allí las autoridades los vigilaban con particular empeño, temiendo sus esfuerzos para convulsionar su propio país, en demanda de su libertad, oficiosidad esta, que no tenía más objeto que mantener a todo trance la amistad de los brasileños que dominaban nuestro suelo, o, cuando menos, neutralizarlos parcialmente en sus propósitos invasores.

Preocupado el Gobierno de Buenos Aires con sus disturbios internos, quería asegurar la paz en el exterior, especialmente con los dominadores de nuestro país, cuyo avance había provocado o favorecido, por temor al poder y a los propósitos de Artigas, pues constituyendo un gobierno sin verdadero arraigo popular, tenían sus miembros el avance irresistible de las corrientes democráticas.

Por estas circunstancias, los orientales se sentían doblemente desterrados, y hasta sus reuniones debían celebrarse con cierta cautela y misterio, por el temor de provocar las desconfianzas de la autoridad.

En medio de su duelo, un día resonó en todo el país un rumor extraordinario, que repercutió en la América entera, como un eco de aquellas luchas homéricas que parecían ya terminadas.

Eran los ecos de la batalla de Ayacucho, que modulaban un himno de gloria, tanto más grande cuanto más lejos se había librado el combate.

Ayacucho no era solamente el esfuerzo magnífico de aquel león—por su valor, su nobleza y su bizarría—que se llamó el General Sucre, sino que, con la captura del Virrey La Serna, era el epí-

logo de las luchas con la metrópoli, la consagración definitiva de la independencia americana.

Este triunfo repercutió grandemente en América; pero donde penetró con más intensidad fué en el corazón de los orientales, en los que el rumor de la terminación de la grande epopeya despertó estímulos generosos, avivó energías marchitas y evocó anhelos de conquististas inmortales.

La casa de un compatriota residente en Buenos Aires, don Luis Ceferino de la Torre, fué el centro de las primeras reuniones.

Allí se planteó sencillamente el problema de la independencia, contra aquel poder que avasallaba nuestra tierra; allí se planeó la empresa y se analizaron sus consecuencias.

¿Cómo se realizaría la cruzada?

Nadie lo sabía; pero era preciso vencer, y al servicio de tan noble causa todos ofrecieron, sin tacañerías ni regateos, su vida, su hacienda y su valor.

El enemigo que se iba a combatir se creía en su casa, por una larga posesión; tenía ejércitos poderosos y una marina formidable para la época; tenía armas, municiones y dinero, es decir, tenía un éxito asegurado y brillante.

Los revolucionarios futuros carecían de todo: ejército, marina, armas, municiones y dinero; pero tenían, en cambio, la fe, el valor y la virtud que, combinados, llevan al heroísmo y, con mucha frecuencia, a la inmortalidad.

Reunidos ocultamente en aquella casa, trazaron su plan los revolucionarios, nombraron su jefe a uno de los valerosos oficiales de las cruzadas de Artigas, don Juan Antonio Lavalleja, y, después de fijar la enseña que debía guiarlos, firmaron solemnemente el contrato de la redención de la patria.

Para los indiferentes, había sin duda en aquellos hombres mucho de locura o de extravío, pues hablar de combatir a un enemigo todopoderoso, sin contar con recursos para ello, era realmente una locura; pero, con harta frecuencia en la historia, los locos de hoy son los héroes de mañana, y así debía suceder

La Cruzada de Redención Uruguaya

con ese grupo de treinta y tres orientales, que, en son de reconquista de su propio suelo, se preparaban a invadir su patria esclavizada.

IV

El 19 de Abril de 1825, un pequeño grupo de orientales desembarcaba misteriosamente en la playa de la Agraciada, sobre la margen izquierda del Uruguay; venían de la costa argentina en frágiles embarcaciones, con un armamento escaso, casi sin municiones ni dinero, pero vibrantes de entusiasmo, animados de una cálida fe, que les hacía vislumbrar el triunfo para su empresa, disparatada y loca a los ojos de los indiferentes.

Y contaban para ello con el prestigio de sus nombres, con la grandeza de su cruzada, y esperaban que, al internarse en su país, el pueblo entero seguiría sus huellas, y aquel pequeño grupo se convertiría en un gran ejército victorioso.

Desde ese momento se inició la lucha; se continuaron los pequeños combates en todas partes, sin medir las fuerzas, realizando actos de inconcebible audacia, aumentando día a día la pequeña falange, congregando los mejores elementos, vigorizándolos en la lucha, y sembrando por todas partes la simiente de las reivindicaciones patrióticas que sintetizaba su bandera, para reavivar el culto de la patria en los adormecidos y dar, a los demás, las energías de un apostolado.

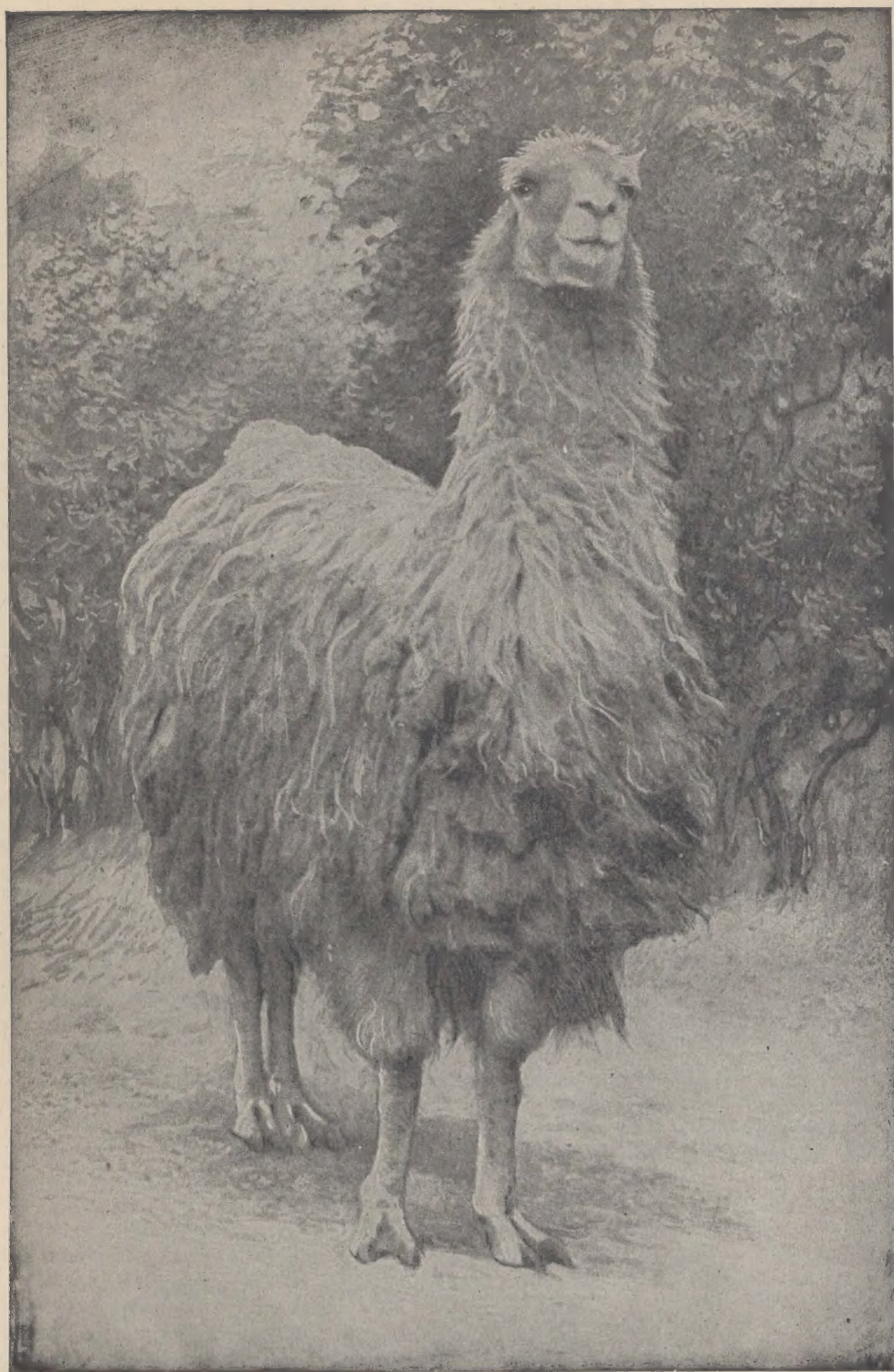
De esta cruzada surgió la Asamblea de la Florida, que, fueren cuales fueren las incertidumbres primeras sobre las orientaciones de la patria libre, tuvo aquella valiente manifestación del 25 de Agosto de 1825, que declaraba nulos y

rotos todos los pactos que se oponían a la independencia de este país, a su vida amplia y autónoma; y es esa declaración soberbia, que legitimaba y consagraba la acción guerrera, la que dió a la heroica aventura de los Treinta y Tres la solemnidad de una noble reivindicación patriótica, colocando su enseña bajo el amparo y el prestigio de la ley.

Y aquellos soldados que misteriosamente desembarcaron en las playas de la Agraciada, no cesaron un instante, batallaron siempre, obtuvieron victorias—estupendas por las condiciones en que se realizaron—en Sarandí y Rincón, las que no fueron sólo grandes triunfos en sí mismos, sino que lo fueron fundamentalmente, porque obligaron al Gobierno de Buenos Aires a fijar su atención en aquellos locos sublimes, a cooperar a su acción, preparando Ituzaingó, es decir, los combates decisivos que fueron los precursores inmediatos de aquella consagración suprema representada por la Constitución del año 1830, en que se consignaron los más grandes postulados de la libertad moderna, en sus aspiraciones de igualdad jurídica, como la expresión más alta y más justa de la democracia triunfante.

«Y—terminaba conmovido nuestro abuelo—esta es, hijos míos, la razón que hacía trémula mi voz y humedecía mis pupilas, al oír que recordaban el 19 de Abril de 1825, pues entre aquellos centauros que devoraban el espacio y combatían uno contra cuatro, disputando una victoria gloriosa, estaba también vuestro abuelo, entonces joven y fuerte y altivo, y no abatido y débil y anciano como lo conocéis ahora y lo recordaréis mañana ».





LA LLAMA

2230

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS